

JOSE M.<sup>a</sup> DE AREILZA  
CONDE DE MOTRICO

## MEMORIA DE JOSE LARRAZ



## «Memoria de José Larraz»

Por el Académico de número

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.<sup>a</sup> DE AREILZA, Conde de Motrico (\*)

Señores Académicos:

Faltaría a la verdad, si nos os confesara que me hallo sinceramente conmovido. Voy a evocar la memoria de un compañero que no hace mucho tiempo se situaba aquí, a mi derecha, en asidua, y perpetuamente curiosa, presencia. Nos parece estarle viendo, sentado, la frente luminosa, erguida; la mirada inquisitiva tras los cristales de los lentes; un ligero mohín que parecía desdeñoso en el labio; una centrada atención que no perdía, ni detalle, ni gesto, ni palabra pronunciada. Pensamos que de un momento a otro va a sonar de nuevo su voz, bien timbrada, en esta sala, con un cierto énfasis retórico que subrayaba su léxico escogido y preciso, con cargas y acentos matizados. Apenas es posible imaginarse que este Académico ejemplar, vocacionalmente entregado a las tareas de esta Casa, riguroso en la disciplina, puntual en el tiempo, respetuoso del Reglamento y aún minucioso intérprete de los Estatutos, no esté ya con nosotros. Durante muchos años, a lo largo de sus ochocientas asistencias a sesiones, fue en alguna medida, una encarnación física de la Academia y aún yo diría del Académico en general, como persona que valora en su justa dimensión, el foro de serenidad y la escuela de sabiduría humana que estas Corporaciones deben ser, como instrumentos del proceso intelectual y también como jardines del espíritu en que puedan florecer,

---

(\*) Disertación en Junta del martes 2 de abril de 1974.

protegidas del vaivén de las pasiones, las ideas puras. ¡Qué gran verdad es, que en la muerte de los grandes intelectos, de los hombres señeros de una cultura, hay como un desgarrón de la túnica que envuelve a cuantos en su cendal se acogen! ¡Qué auténtica sensación de ausencia y orfandad nos causan estas desapariciones de las mentes egregias de un país! Parecería que en el silencioso consenso de un pueblo que es la cenestesia social de cada día, faltara la presencia de aquel entendimiento poderoso, sea poeta, intelectual, historiador, artista, filósofo, santo, o sencillamente gran profesional de los oficios liberales, que contribuye con su sólo existencia a cimentar con la irradiación de su personalidad, la cohesión de la comunidad nacional.

José Larraz pertenecía al acervo patrimonial de la cultura de España. Era un elemento destacado de nuestra vida colectiva. Rendirle tributo es también cumplir un cívico deber. En esta breve Memoria de su vida y de su obra que la Academia me encargó, quiero trazar una silueta apropiada del hombre y una —necesariamente sintética— visión y comentario de su obra.

El linaje familiar de su apellido, venía del Valle de Esteribar, en la merindad de Sangüesa, del Reino de Navarra. Ylarraz se llama el lugar, de seis o siete casas, junto al río Arga, allí donde la tierra ha perdido ya la verdura de las praderas pirenaicas y se ha ido secando al fuerte sol de la meseta de Pamplona. Pueblo pequeñito, hoy casi abandonado, en el patético y generalizado éxodo rural; y rodeado de monte fragoso con robledos y pinares. Pero fue en Zaragoza donde sus ascendientes se establecieron en el negocio de lanas. José Larraz es, por consiguiente, aragonés de nacimiento y de corazón, aunque en su sangre palpitará el plasma genético vasconavarro. Fue, dicen los que le conocieron de pequeño, un superdotado precoz. Nació en 1904, y en 1918 había terminado sus estudios de Bachillerato con premio extraordinario en el Instituto Cardinal Cisneros de Madrid. Obtuvo después la Licenciatura de Derecho con brillantes calificaciones en 1924. Solamente dos años después, en 1926, opositó a las plazas de Abogados del Estado consiguiendo el número uno, en ejercicios que le valieron el homenaje y el aplauso públicos de sus rivales y compañeros que lo sacaron en hombros y pasearon de esta guisa taurómaca por los pasillos, al salir de las aulas.

Destinado a Barcelona, regresa al poco tiempo a Madrid, donde trabaja en la Dirección General de lo Contencioso. De allí lo saca Calvo Sotelo, Ministro de Hacienda, para hacerlo entrar en la Secretaría del Jefe del Gobierno, don Miguel Primo de Rivera. Es un puesto de gran interés para la observación política, especie de rincón discreto por el que pasan los hilos enmarañados de la gobernación ejecutiva. Conoce desde ese lugar lo que hay detrás de los telones de la escena teatral del poder, experiencia inolvidable para un mozo de veinticinco años, recién salido del tremendo esfuerzo libresco de las oposiciones y del estudio. Allí le toca, una noche del mes de enero de 1930, recoger el plebiscito telegráfico negativo, de los Capitanes Generales, a la consulta del Dictador que acaba con el gobierno de éste. Pero Larraz no quiere que el trabajo administrativo o político cotidiano, aunque fascinante por la proximidad suya al nivel de las máximas decisiones, perturbe su propósito de consolidar la formación profesional del economista. Viaja a Bélgica, tres veces en esos mismos años, al Instituto de Sociología de la Fundación Solvay, y realiza allí un trabajo sobre la economía del país que se publica después en España. Descubre, al llevar a cabo esta investigación, una de las radicales vocaciones de su espíritu, la de pensador. El mismo nos cuenta cómo “en una de las celdas del trabajo del Instituto, con amplio ventanal al Parque Leopoldo, en monacal silencio, saboreé por vez primera la inefable y serena emoción del estudio...”

El estudio y las lecturas continuadas le hicieron también entrar en el periodismo con especialidad bien definida. En “El Debate”, sus artículos firmados o sus editoriales anónimos, pero fácilmente reconocibles por el inconfundible estilo, daban el tono crítico preciso, en el terreno de la economía y de la moneda. La República había sido ya instaurada y los problemas se acumulaban en parte por la demagogia interior, en parte por los reflejos de la gran crisis mundial de los años 30. Larraz, unido doctrinalmente al núcleo rector del populismo cristiano no quiso participar de forma directa en la política parlamentaria, renunciando a posible actas de diputado que se le ofrecieron. Aceptó, en cambio, que le confiaran la reorganización del Consejo Nacional de Economía en 1934, en el que figuró como Vicepresidente y hacerse cargo de la Comisaría General del Trigo desde la que desarrolló una política de ordenación del mercado, reflejada después en un interesante trabajo publicado en septiembre de 1935, así como de la Presidencia de la Comisión de Bases del Patrimonio Forestal. En la “Editorial Católica” fue designado Presidente del Consejo de Adminis-

tracción en 1936 a pesar de su extremada juventud, trazando las líneas maestras de un plan de expansión de la empresa, que la guerra interrumpió en julio de 1936.

Fue evacuado a través de la Embajada de Chile donde se hallaba refugiado y llegó pronto a zona nacional, incorporándose a la Junta Técnica del Estado en Burgos. Allí asumió la jefatura del Servicio de Estudios del Banco de España y al formarse el primer Gobierno nacional, la jefatura del Servicio Nacional de Moneda y Cambio y la presidencia del Comité de Moneda Extranjera. Acabada la guerra, en la primera reorganización ministerial, Larraz fue nombrado para la cartera de Hacienda en 1939 en la que permanecerá hasta 1941. Fueron veintiún meses de rectoría de las finanzas nacionales en las que puso a prueba su firmeza técnica, su vasta experiencia en la materia, su fidelidad a los principios que, a su entender, debían regir la Hacienda Pública y el hondo sentido de solidaridad que era preciso inyectar en aquella hora a la colectividad española, recién salida de la tremenda conmoción. No es éste el lugar, ni es ahora la ocasión, de realizar un análisis crítico en profundidad de la tarea hacendística de Larraz. Digamos —en apretada síntesis— que tuvo que afrontar una situación insólita de la que había escasos y no favorables precedentes (guerra de secesión norteamericana, revolución francesa, ocupación alemana de Bélgica en la primera guerra mundial) en la historia monetaria del mundo. La gradual separación de monedas a que dio lugar la considerable duración de la guerra española, pasó en la zona nacional por el proceso del estampillado de billetes en noviembre del 36, a la emisión de nueva moneda en marzo del 37, canjeable por la emitida con anterioridad al 18 de julio del 36 y al bloqueo de las cuentas o saldos bancarios posteriores a esa fecha, establecido por Ley de octubre del 38. Con todo ello, la peseta nacional se diferenció totalmente de la peseta republicana y al terminarse la contienda, el Gobierno se encontró con el grave problema de la unificación monetaria y el de las cuentas bloqueadas que suponían muchos miles de millones de pesetas y representaban una potencial amenaza de inflación.

La solución establecido por Larraz, en diciembre de 1939, fue la de dar validez a esos saldos acumulados en zona republicana, pero aplicándoles una escala de depreciación, calculada en función del poder adquisitivo de la peseta republicana a lo largo de los años de duración de la guerra en diversos períodos bien definidos. Fue una operación de alto tecnicismo y rigurosa objetividad, inspirada por un espíritu de concordia y rectitud. Su éxito fue indudable y permitió

normalizar en pocos meses la circulación monetaria y el flujo de la producción industrial y de las ventas comerciales. Larraz tuvo que arbitrar esa fórmula original que quedó calificada entonces de modélica en medios de la finanza internacional. También estableció un acuerdo decisivo en materia de seguros, otro de los importantes sectores de nuestra economía afectado y desorganizado totalmente por los riesgos imprevisibles y devastadores de la guerra, logrando que todos los siniestros sin excepción fueran indemnizados en una u otra medida. Larraz restableció asimismo el mecanismo presupuestario anual y sentó las bases de una reforma tributaria moderna. Su carácter entero y tenaz, poco dado a compromisos lo enfrentó irremisiblemente con otros criterios manifestados en el seno del Gobierno, respecto a la conducta de la política económica, haciéndole presentar la dimisión de su cargo a los dos años escasos de iniciada su gigantesca tarea.

Pero la salida del Gobierno no significó para Larraz una toma de posiciones con matices propios en el campo de la política del Régimen en el que su corta pero intensísima labor había dejado considerable huella, sino más bien provocó en él, un apartamiento definitivo de toda actividad de ese signo y el comienzo de un gran trabajo profesional de abogado en ejercicio, juntamente con el inicio plenario de un gigantesco esfuerzo intelectual. Su bufete se convirtió, en muy pocos años, en uno de los primeros de España y su consejo, sus dictámenes y sus intervenciones forenses, alcanzaron dimensión y relieve comparables a los que en tiempos anteriores de la Monarquía dieron notoriedad y prestigio a las conocidas figuras de nuestra historia política que simultanearon el ejercicio profesional del Derecho con su presencia activa en las avenidas del Poder público. Ingresó en 1943 en esta Academia y dentro de ella, desarrolló una activísima tarea con intervenciones y discursos que alcanzaron notable repercusión, enriqueciendo las tareas corporativas de esta Casa. En 1952, fue elegido Académico de Número de la de Jurisprudencia y Legislación adonde llevó asimismo el dinamismo intelectual incansable de su personalidad, pronto manifestado en trabajos correspondientes a aquel ámbito. Después, durante doce años, entre 1949 y 1961, fue uno de los adalides del europeísmo español, reflejado en una serie de conferencias y trabajos que definieron una posición frente a la corriente integradora del viejo Continente, plasmada finalmente en el Tratado de Roma y en la Comunidad Económica Europea que de aquel convenio nació.

Fue hacia 1960 cuando José Larraz tomó la decisión de cerrar —en pleno auge— su bufete de abogado, de alejarse de las actividades mercantiles directas y entrar, por decirlo así, en una tercera etapa de su vida, la de la vía contemplativa y de meditación. Pocas veces se registra un caso semejante en que un hombre emprende en la fecunda madurez de su existencia un camino de rigor y austeridad para lograr en un clima de ascesis, casi eremítico, un mejor entendimiento de los grandes interrogantes que atenazan la mente humana, desde que dió hace siglos en examinarse a sí misma y a buscar un último sentido a la vida y al mundo circundante. La Providencia otorgó a nuestro compañero trece años para cumplir ese fin de alta especulación metafísica al que se entregó de lleno, apasionadamente. Coordinar las ciencias humanas en un novedosa síntesis, tal era, ni más ni menos, el objetivo de su empeño. ¡Tremenda aventura! Ella llenó su caminar de los últimos años en que se le adivinaba enfrascado en su obra como un escultor que trabajara en un inmenso retablo y deseara terminarlo antes de que el destino viniera a llamarlo para marchar hacia el trasmundo. Enseñaba de vez en cuando en conferencias y comunicaciones a esta Academia, piezas aisladas del monumental trabajo emprendido, capítulos sueltos que dejaban ver en su elaborada y rotunda imaginería, lo que había de ser la arquitectura total. Por fin, en 1972, apareció la “Humanística”. El autor, satisfecho, aliviado de la pesadumbre de tan ímproba labor, parecía al mismo tiempo embargado de una cierta y serena melancolía. Como yo le pidiese, poco después de publicada su obra, que recibiera a un joven profesor que deseaba exponerle un original ensayo sobre epistemología de las ciencias me replicó: “Mi obra de pensador, está terminada”. Y en esa frase se resumía quizás el último capítulo de su vida, que a los pocos meses había, repentinamente, de quebrarse.

\* \* \*

¿Y cómo era este hombre cuya trayectoria existencial en sus rasgos más salientes, acabo de describir? Yo le conocí, por primera vez, en “El Debate”, en los años de la República, tomando parte en uno de aquellos círculos de estudios que presidía don Angel Herrera con su discreción extremada que a veces parecía abstracción, y su fuego interior que ardía en constante actividad espiritual. Hablaba Larraz en aquel cenáculo, de temas económicos y financieros con gran autoridad y con-



cisión y a pesar de sus escasos treinta años, era escuchado con respeto unánime por los concurrentes a esas reuniones. Era entonces Vicepresidente del Consejo Interino de Economía Nacional y en la Casa de la Editorial Católica se le auguraba un fulgurante porvenir político. Recuerdo su clarividente pesimismo respecto a la marcha de la República, desgarrada por los extremos e incapaz de establecer una mínima autoridad social en el país. Cuando las elecciones de febrero de 1936, dejaron a España dividida en dos bloques abiertamente enfrentados, y a la violencia, avanzando implacable, hasta empujarla a la contienda civil, Larraz fue uno de los que intentó con más paciencia y tenacidad lograr una fórmula de conciliación parlamentaria que deshaciendo el Frente Popular trajese a buen número de diputados socialistas del sector más moderado, a pactar con el populismo más progresista, una alianza con base suficiente para apoyar un gobierno de coalición que detuviese el rodar de la República hacia el abismo. Fueron una serie de conversaciones que Larraz inspiró —y que por la otra vertiente sostenían Indalecio Prieto y Besteiro— sin otra mira que el patriotismo y la defensa del interés general con objeto de evitar la hecatombe. Alguna vez le pregunté sobre el episodio, que confirmaba, pero sin querer entrar en más detalles. Tengo para mí que en los papeles inéditos de sus “Memorias” se encontrarán —o se publicarán— algún día, precisiones sobre este importante y dramático dato de nuestra historia contemporánea.

Lo ví de nuevo en 1938, en Burgos y Salamanca, cuando ejercía el cargo de Jefe del Servicio Nacional de Banca, y Moneda y Cambio, y preparaba, en su mente, la magna operación de la reconversión monetaria que había de protagonizar después de llegada la paz. Era un hombre visiblemente preocupado y envejecido en el que la responsabilidad de sus tareas había acentuado también la seriedad de su carácter. Estaba más grueso y usaba entonces, muy en la línea de la liturgias indumentarias preponderantes, uniforme, correa y camisa azul. Luego, de Ministro de Hacienda, resultaba más difícil el acceso a su intimidad, estando abrumado con los gravísimos problemas que la posguerra española y la guerra mundial planteaban a nuestra desangrada economía. Cuando salió voluntariamente, en 1941, del puesto rector que ocupaba, por las discrepancias sustanciales que antes mencioné, se modificó su talante, abriéndose a los demás, en forma notable. En San Sebastián, donde él veraneaba, fuimos varios los amigos que disfrutamos en los años 40 de su riqueza intelectual en largos paseos que eran al mismo tiempo sabrosos diálogos. Larraz sabía, ante todo,

escuchar, cualidad poco estimada entre la “gens” ibérica. Tenía, todos lo sabéis, una sólida, maciza, arquitectura formación humanística, hecha de lecturas, de saberes, de creencias y de continuadas meditaciones. Algunos, que le conocían poco, le tenían por hombre de cierta soberbia intelectual o de arrogancia mental desdeñosa. Y, sin embargo, yo he conocido pocos españoles como él, ante los que fuera más fácil hablar de cualquier tema o de exponer tesis contrarias a la suya, o de contrarrestar sus opiniones o de llevar la conversación a terrenos para él desconocidos, pero que despertaban, por éso mismo, en su curiosidad permanente, un alerta inmediato en su entendimiento. A un gran economista, amigo mío, oí contar las frecuentes veladas que pasaban juntos; y aquel, que era escéptico, agnóstico y hondamente descreído, se maravillaba de la prudencia, del respeto y de la cordura, con que Larraz, admitía el diálogo sobre terreno tan delicado, llevando las coordenadas de la exposición o de la réplica, a los niveles platónicos en que la diversidad de las ideas no hieren con su discrepancia, la entrañable interioridad de las convicciones.

Larraz era hombre, dado a la meditación en profundidad. La historia de España le fascinaba particularmente, adentrándose en su interpretación con el bisturí de la ciencia económica retrospectiva o el cultivo “del espíritu histórico-económico”, como él decía. Tenía un patriotismo crítico y lúcido que a veces recaía en pesimismo moderado por falta de esperanzas concretas y próximas. Pero no era ni nacionalista estrecho, ni excluyente, sino universalista, en la gran tradición española que arranca del Derecho vitoriano de gentes y se impregna al mismo tiempo de fe cristiana y de teología. Su cultura no era, sin embargo, filosófica o sociológica, solamente. Las ciencias experimentales y la tecnología eran vertientes a que se asomaba sin cesar, en demanda de nuevos datos que completaran su visión del universo para no hallar en ella contradicción, con las teorías o los hechos de reciente invención. En éso parecía seguir la gran corriente aristotélica y luego tomista, de la racionalidad y de la experiencia y consideraba a la metafísica como ciencia y, por supuesto, también a la teología, la gran olvidada del mundo científico moderno. Su dominio de las lenguas clásicas y vivas, le llevaba a conocer en versión original los textos de los grandes pensadores de la antigüedad y de ahí sus disertaciones que a veces parecían eruditas en exceso, sobre el significado último de ciertos vocablos, como por ejemplo “la autarquía y la autarcía” de raíz común aparente, pero de etimología y sentido, bien distintos. Era un tributo que rendía a la palabra, al lenguaje, como articulada instrumentación de

las ideas. En cierta ocasión le escuché una certera digresión epistemológica sobre la filología y su radical función como fundamento de las otras ciencias. “En rigor, puede decirse que toda filosofía es, en su esencia, filología” exclamaba, subrayando así el valor de los vocablos como condensación verbal de los conceptos del entendimiento. Ello le llevaba también a cuidar con admirable celo sus intervenciones oratorias. Tenía —lo recordáis— una dicción impecable, una retórica peculiar y una andadura garbosa del discurso, minuciosamente construido y escrito y memorizaba a la perfección, sin un sólo papel o nota de apoyatura. “En España ya no quedan oradores”, me confesó un día, al terminar una de sus brillantes conferencias en un gran local de Madrid. Le pregunté si tenía redactado el texto y me lo enseñó íntegro en una carpeta que no utilizaba. Pero ése es el caso de muchos grandes oradores contemporáneos. Por ejemplo, Winston Churchill que escribía hasta la última interjección efectista con aire de improvisación en sus mejores piezas oratorias y el General De Gaulle que las componía, como un trabajo de orfebre minucioso, trufando el admirable francés de su pluma, con tal cual arcaísmo deliberado para que sus críticos tuviesen al día siguiente un buen tema de diversión.

Más hora es ya de que dedique unas pocas palabras a la exposición de la obra de este hombre excepcional cuya silueta vital he tratado de de perfilar ante vosotros.

\* \* \*

No pretendo hacer aquí un análisis exhaustivo de sus trabajos impresos que, sin embargo, deberían a mi entender recogerse en su integridad como “obra completa” por la densidad de pensamiento que contienen. “La evolución económica de Bélgica” su primer libro, de 1929, es un estudio monográfico, que él mismo calificó de “obra de juventud”. Fue un análisis sobre modelo real, de un pequeño país europeo, en el que trata de inquirir a través del método histórico-crítico, las motivaciones y causas de su enriquecimiento y progreso. En abril de 1932 aparece “La Hacienda Pública y el Estatuto catalán”, jugoso librito de 130 páginas que contiene una impecable disección del aspecto tributario del proyecto autonómico presentado a las Cortes Constituyentes de la República y en la que se exponen criterios, acaso todavía válidos, para posibles perspectivas futuras de regionalización administrativa en España. En septiembre de 1935 se publica el trabajo

sobre “El ordenamiento del mercado triguero en España”, en el que recoge un curso sobre el tema, profesado en Santander bajo los auspicios de la Junta Central de Acción Católica y en el que se plantea el importante problema con claridad y precisión, anticipándose con ello lo que años después de terminada la guerra se convertiría en sistemática realidad. Paralelamente a estas tres publicaciones, Larraz escribe en esos años, numerosos artículos, en “El Debate” principalmente, que son, por la notable sustancia que rezuman, algo más que el perecedero comentario a la marcha cotidiana de la economía nacional. Para adentrarme después, en el comentario a las que juzgo, las cuatro obras más importantes de su pensamiento, señalo aquí la considerable y extendida serie de sus intervenciones y discursos académicos alguno de especial relevancia para el investigador. Por ejemplo, las semblanzas de tres grandes hacendistas españoles, Flórez Estrada, Bravo Murillo y Mon; la función de las Reales Academias, del Instituto de España y de la Real Academia de Ciencias Morales, en la organización de la cultura, con nítida delimitación de campos entre el ámbito del Consejo de Investigaciones Científicas y lo que es terreno propiamente académico.

El delicioso ensayo titulado “Sociología y Religión” en que analiza de mano maestra el arco de la evolución de la “sociología en grande” como él la llamaba, que empezó en Saint Simón y Augusto Comte y acababa en Mannheim con idéntica preocupación en los dos últimos por la existencia de un lazo espiritual que resultaría indispensable para mantener unida a una sociedad. En ese opúsculo se adivina al Larraz que ha ido trasegando a su entendimiento durante muchas horas el pensamiento y las reflexiones de los grandes maestros y la implacable y certera crítica de lector que formula. Tengo en mi poder por gentileza de nuestro insigne compañero Leopoldo Palacios la copia de una carta dirigida por Larraz a éste, felicitándole por su último libro. He aquí un párrafo de la misma que revela tal estado de espíritu. “Llevo dos años —escribe— relejendo y en parte leyendo a los grandes sociólogos y teóricos de la historia y estoy literalmente, reseco. Se ha creado una literatura de pedantes, en su mayoría, huecos, bien que algunos tengan destreza suficiente para entretener al lector con prosa agradable y artificio dialéctico, de lo que en España existen también notorios ejemlos”.

No olvidemos tampoco en este espiguelo del inmenso campo de la actividad intelectual de Larraz, el riguroso y tecnicado trabajo sobre “Metodología aplicativa al Derecho Tributario” que leyó en ocasión de

su ingreso en la Real Academia de Jurisprudencia. Ni el admirable discurso de apertura de curso del Instituto de España de 1965 sobre el tema “Una crisis del liberalismo español” penetrante análisis de lo que él llamó “la decepción de la democracia igualitaria” en una serie de mentes señeras del liberalismo español, que se iniciaba en los profesores de la Universidad de Madrid, Santamaría y Posada, y a través de Ramiro de Maeztu y Salvador de Madariaga, llegaba a Pérez Serrano, Ortega y Gasset y el Conde de Romanones. Merece la pena recordarse asimismo el sustancial trabajo que sobre “Los economistas contemporáneos y la política social” fue su aportación al homenaje ofrecido al patriarca y maestro, don Luis de Olariaga, en ocasión de su jubilación. Finalmente es necesario subrayar el gran impacto causado por su comunicación a esta Academia bajo el título de “Comunomía”, ensayo audaz de una nueva y exacta concepción de los elementos del bien común, de una fiel idea de nexo jerárquico y de un cultivo apropiado de lo histórico-axiológico. Aunque las ideas de este trabajo habían de ser ampliadas y desarrolladas años más tarde en su “Humanística”, el ensayo sobre el bien común tuvo, por sí mismo, gran relieve, larga proyección y alcance, en los medios intelectuales y políticos del país.

\* \* \*

Vayamos ahora a comentar algo, sobre las que juzgo sus obras fundamentales, a saber: “La época del mercantilismo en Castilla”. Los trabajos sobre la unidad económica y política de Europa y su relación con España; “La meta de dos revoluciones”. Y finalmente, su “Humanística”.

El 5 de abril de 1943 ingresaba Larraz en nuestra Academia leyendo su trabajo sobre “La época del mercantilismo en Castilla”. Discurso largo e importante de 136 páginas con numerosas notas, estadísticas y copiosa bibliografía. Larraz que confesó haber dedicado al tema muchas horas de meditación entre 1932 y 1936, hace en él una radiografía sintética de doscientos años de nuestra historia, entre 1500 y 1700, cuando la masa de los metales preciosos de las Indias americanas que llega en los convoyes y armadas reales a la península, crea una situación de enriquecimiento súbito, juntamente con una sensación de poderío económico y propaga la idea de que ese tesoro de plata y oro que el Imperio americano producía en flujo continuo, serviría

también para financiar las más costosas y descabelladas empresas que la Corona de España emprendía en el inmenso y disputado campo de batalla de Europa durante esos mismos dos siglos. Larraz expone la revolución de los precios que se produce y la evolución de la economía occidental europea que sobreviene paralelamente a las corrientes continuas de metales nobles que llegaban a nuestros puertos atlánticos. Y después de examinar exhaustivamente las opiniones de los principales tratadistas e historiadores castellanos sobre el dramático proceso, ofrece el desolador balance final de la situación. Mas este novedoso y llamativo trabajo de historia económico-político española no se limita a éso, a ser una monografía extraordinaria que ilumina un período-clave de nuestro pasado, sino que en un final capítulo, plantea con gran valentía, lo que podía, en último término, haber sido una política económica, acorde con el interés de España, en aquel contexto y en aquellas circunstancias. Nada menos que diez puntos, contiene el imaginario e hipotético programa, de sugestiva lectura para el lector de hoy. Con él, se pudo quizás, haber convertido el agobiante diluvio de plata, en fecundo canal, para regar el agostado patrimonio económico de la España de los Austrias y acaso la unión peninsular hubiera prosperado en vez de quebrarse en 1640 y no habríamos perdido tampoco el tren de la revolución industrial del setecientos. Larraz creía que si los comuneros hubieran impuesto a Carlos V su voluntad nacionalista, contraria a la aventura europea, una política económica, distinta a la seguida y más parecida a la que él propugnaba, hubiera sido más probable... Pero, ¿a qué seguir jugando al prohibido azar de lo que pudo ser el destino de un pueblo, cambiando éste o aquel episodio de su historia! Larraz quiso decir que no había manera de mantener durablemente un gran Estado o una gran nación, sin una política que marche acorde con la economía. O utilizando sus propias palabras que “Con Don Quijote sólo, no se podía mantener mucho tiempo un dilatado Imperio”.

Brevemente me referiré a la posición europeísta de José Larraz. En los meses de noviembre y diciembre de 1949, planteó en dos grandes discursos, el primero en la Lonja de Zaragoza en la inauguración de la Asamblea de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, y el segundo, en el Círculo de la Unión Mercantil, de Madrid, las líneas de su pensamiento, frente a la corriente integradora de la unidad económica de Europa que en esos años de la reciente posguerra mundial se adivinaba, ya. De la necesidad de llevar a cabo un estudio detallado, no sólo del proceso de esa unificación continental

que se iniciaba, sino de las posibilidades, ventajas e inconvenientes que podían deducirse en él para España, logró convencer a un grupo destacado de banqueros, hombres de empresa, profesores y economistas, asociándolos en una iniciativa que se llamó de las cuatro “Es”, (Estudios Económicos Españoles y Europeos) y de la que fue inspirador y director. La tarea duró diez años largos, hasta bien entrados los años 60, y los nueve grandes volúmenes en folio, publicados, contienen un acopio de datos y estudios de indudable interés y novedad en nuestro país. Creo que fueron ochenta, las personalidades que intervinieron en el empeño y creo también que por primera vez en nuestra historia reciente, un movimiento nacido en el seno de la sociedad, sin apoyo ni subvención oficial alguna, llevaba a cabo un trabajo de gran aliento, encaminado a procurar al gobierno, elementos de juicio y argumentos dialécticos para la negociación ulterior. Durante esa década y mientras Larraz supervisaba el considerable trabajo y desarrollaba por toda España una incansable actividad oratoria sobre el tema, en Europa, se ponían en marcha las primeras instituciones comunitarias y finalmente el Tratado de Roma, que daba paso a la Comunidad Económica Europea de los Seis, llamada vulgarmente el “Mercado Común”.

Si hubiéramos de resumir el pensamiento de Larraz en esa época sobre tan importante cuestión lo haríamos en la forma siguiente:

a) “Si la unión económica europea de los Seis no es acompañada de una paralela unión política que cristalice en alguna especie de gobierno o poder supra-nacional, hay pocas probabilidades de que la unión económica sobreviva a largo plazo”.

b) “La fórmula política más conveniente para esa unidad sería la Federación. Una Europa federal, con parlamentos elegidos por el pueblo europeo y órgano ejecutivo soberano, sería capaz de convertirse al cabo de los años, en núcleo integrador de los “Estados Unidos de Europa”. La “Europa de las patrias” no es sino una expresión evasiva de cuño francés especie de cortina de humo para esconder tras ella, el rescoldo sin apagar, del nacionalismo”.

c) “A España le interesa vitalmente el proceso de la unificación de Europa. Económicamente, la estructura de nuestro comercio no podría ser ajena e indiferente a ese proceso. Industrialmente nuestra vinculación es asimismo visceral en cuanto a los mercados de expansión. Culturalmente, históricamente, nuestro pueblo es uno de los grandes protagonistas de la vida y del pasado de Europa. Decir que somos europeos es una tautología”.

d) “El plazo en que España debe incorporarse a la Comunidad debe estudiarse cuidadosamente para proteger, sobre todo, los canales de nuestro comercio exterior y la competitividad de nuestras industrias. Una Cámara de Comercio mixta-hispano-comunitaria con sede en Bruselas podría servir de órgano informativo y coordinador para las negociaciones necesarias”.

Hasta aquí lo que yo llamaría resumen sintético del pensamiento europeísta de Larraz. Añado, a guisa de colofón, que terminado este trabajo en equipo en 1961, y solicitanda nuestra adheción a la Comunidad por el Gobierno español en 1962, comenzaron las interminables y, poco satisfactorias, conversaciones hispano-comunitarias de Bruselas, que todavía se estiran y complican en estos días. Larraz siguió vigilando de cerca este proceso y también, el de la propia Comunidad. Su decepción fue grande al comprobar que el General De Gaulle optaba por ser un Presidente francés que resucitara “la grandeur” de su país, en vez de aspirar a convertirse en el primer Presidente de una Europa que iniciara, bajo su gigantesca figura, los primeros pasos federativos. Al mismo tiempo, reconocía con su imparcialidad intelectual, el enorme éxito alcanzado por la unión aduanera del Mercado Común, convertido en pocos años en la primera potencia comercial del mundo en cifras absolutas, lo cual daba cierto aire irreversible a la iniciativa. Que se me permita añadir que Larraz traslucía también, dentro de su hermética discreción, una indudable amargura: la de no haber sido consultado, y no digamos, invitado, por el Gobierno, a poner su extraordinario talento y la insuperable y excepcional información reunida en diez años sobre el problema, al servicio de la propia negociación. Pero es una ley frecuente de nuestra historia, ésta de ignorar, malográndolos, los mejores espíritus de nuestro país y a veces los más preparados, para incorporarlos a la tarea que precisamente, conocen de forma egregia.

“La meta de dos revoluciones” se pronunció como conferencia en febrero de 1945, clausurando un ciclo de la Acción Católica, en la Cámara de Industria de Madrid. La segunda guerra mundial tocaba a su fin y ya se adivinaba la hecatombe nacional-socialista, el triunfo de los ejércitos americanos y la llegada del otro vencedor militar, la Rusia soviética, con sus divisiones innumerables al corazón de la Europa continental. Corría un viento de consternación y temor por los círculos económicos de la España neutral, que había sido antes “no beligerante”, y Larraz se enfrentó en esa coyuntura histórica, con el gran problema ideológico que suponía adivinar o propugnar la clase de instituciones políticas que irían a predominar en el inmediato porvenir del Conti-



nente europeo militarmente ocupado, en gran parte, por uno y otro vencedor. Levantando el punto de mira a un nivel de filosofía de la historia, Larraz analizó lo que representaban de un lado la revolución liberal, con su fórmula económica, el capitalismo; y la revolución marxista, con su sistema económico centralizado comunista; el primero con siglo y medio de experiencia y evolución; el segundo con un cuarto de siglo de resultados comprobables, en Rusia. El punto de vista de Larraz era que ambos movimientos habían nacido de un doble y diferente desvío a partir del momento en que la doctrina del bien común considerada hasta entonces como la mejor utilidad material y espiritual de los hombres cualificados por la justicia y la paz, había sido abandonada a fines del siglo XVII, para buscar otros caminos que condujeron al racionalismo liberal, al atomizado individualismo, al positivismo sociológico y, finalmente, como reacción, al análisis dialéctico del materialismo histórico, y a los postulados y pronósticos de Marx y de sus seguidores. Larraz señalaba, los que a su juicio, eran síntomas de que en uno y otro sistema trataban de corregirse funcionalmente los fallos de la democracia de una parte y de la dictadura del proletariado en otra y las probables tendencias que, a largo plazo, acentuarían una convergencia del capitalismo y del comunismo hacia una serie de metas comunes: como por ejemplo, la coexistencia de la propiedad privada y de la colectiva en el campo de los medios de producción; las limitaciones del abuso monopolístico capitalista y la supresión de las tiranías minoritarias del partido único en el campo comunista. O, en definitiva, a subrayar un sentido gremialista en la estructura de la política social de ambas sociedades antagónicas con un mayor acento en la vinculación del trabajador con su empresa y un menor énfasis en la solidaridad de la clase. Larraz, finalmente, propugnaba más que una sociología neutra, una socionomía normativa, basada en la idea rectora del bien común, a la que más tarde bautizó con el poco eufónico nombre de “comunomía” desarrollando la idea en forma de largo y meditado ensayo del que antes hablé.

Pero “La meta de dos revoluciones”, que conoció varias reediciones sucesivas, ya convertida en libro, y sobre la que el autor dio cursillos de conferencias ampliatorias y explicativas en España, en Portugal y en Sudamérica, llevaba dentro un germen fecundo capaz de crecer por sí mismo y llegar a la dimensión de una obra mayor y definitiva. Cuando Larraz se retira a meditar y escribir en los años 60, lo hace para componer la gran sinfonía de su pensamiento, concerniente a las ciencias del hombre, cuya síntesis trata de lograr en un esfuerzo de

titán. “La meta de dos revoluciones” fue como la obertura de ese poema descriptivo intelectual, en que se añaden del tema del bien común, y a la interpretación y teoría de la historia, los capítulos relativos al problema de la persona humana y a la transcendencia de la vida del hombre. Nace así la “Humanística” que se apoya sobre un triple concepto: el del hombre; el de su interés y vinculación con la comunidad social y el de su religación con lo trascendente. Tres coordenadas entre las que se encierra el entero drama de la historia y su desenlace, sobre el fondo cambiante y plural de las diversas culturas que llenan sucesivamente el largo pasado de la especie.

El friso que intenta construir Larraz es —ya se comprende— empresa arriesgada y enorme. La ambición de integrar en un volumen de quinientas páginas la coordinada perspectiva de todas las ciencias sociales es, de suyo, empeño admirable. La dificultad de reducir a síntesis, miles de horas de lectura y cientos de volúmenes consultados, supone una concentración espiritual de altísima tensión. La tarea la llevó diez años, los últimos y quizás, los más fecundos, de su vida. Su propósito era redactar una normativa, no enfrentada con la Ciencia, ni con la técnica, ni con el progreso, principios que respetaba, sino complementaria con ellos, para que la sociedad futura no fuera agnóstica, ni pusiera toda su fe en la ciencia sólo, ni creyera que la distribución adecuada de los bienes materiales era el camino seguro y único de la felicidad humana.

La “Humanística” que en pálido resumen aquí comento ¿es una utopía como algunos la calificaron? ¿Se trata de un empeño irrealizable, de una abstracción imaginativa, de una brillante, pero teórica, formulación? Pero ¿no fueron utopías la de San Agustín, además de la de Tomás Moro que dió nombre al género, la de Campanella, la de Rousseau, la de Marx y, en nuestros días, la de Mao-Tse-Tung, por no citar sino unos pocos y señeros ejemplos del profundo influjo que las elucubraciones del pensamiento puro, puede tener en la conducta humana y en las instituciones del poder que gobierna las naciones?

\* \* \*

Termino ya. Pero sería incompleta y gravemente incorrecta esta semblanza si no añadiera una pincelada decisiva al perfil de nuestro compañero. Larraz era un intelectual serio, un pensador audaz, un jurista de sólida formación, un español medular. Sí. Más ante todo, como visceral aglutinante de su personalidad hay que proclamar el hecho de su fe. Su fe cristiana, entrañable, vivida; practicada cada día y cada hora, en silencio y en humildad, sin exhibición, con entrega total de su existencia y esperanza sin límites en la Suprema Bondad. Su intuición le hacía asomarse apasionadamente al monte difícil de la ascensión mística en cuyas misteriosas pero evidentes vías, hallaba razones profundas y experimentales para confirmar su propia fe, al tiempo que comprobaba la existencia de otros senderos, no estrictamente racionales, del conocimiento. Pienso, que mientras escribía y meditaba su último trabajo, rumiaba en su interior el inevitable y cada vez más próximo encuentro, el "gran encuentro" del hombre con su Creador al término del recorrido de la vida. El transcendental y definitivo episodio de la existencia personal de cada creyente. Yo le envié en cierta ocasión desde París, y me lo agradeció mucho, la cita de François Mauriac que dice así: "El gran encuentro del hombre con su Creador al llegar el alma al trasmundo, es para quien ha frecuentado el encuentro eucarístico sacramental como si hubiese recorrido ya, más de la mitad del camino". Larraz, lo había transitado seguramente. Tenía en sus últimos días la serenidad del justo con un cierto desasimiento de los problemas terrenos.

Señor Presidente, Señores Académicos, sugiero a título personal que quizás fuera oportuno para cumplir un deber moral hacia nosotros mismos, y solicitando la cooperación de la ciudad de Zaragoza que le vio nacer; de la Editorial Católica en la que trabajó en su juventud; del Ministerio de Hacienda que rigió en momentos transcendentales; de la Real Academia de Jurisprudencia en la que desarrolló buena parte de su obra, discurrir alguna forma de homenaje que perpetúe hacia el mañana, la memoria de este gran español que se llamó José Larraz.